

“Parábola del rey y del dinero encargado”
(Lc 19, 11-27; cfr. Mt 25, 14-30)

Queridos compañeros, colaboradores, familiares, amigas y amigos que nos acompañáis

“La parábola de los denarios (Lc 19, 11-27), -que parece una variante de la de los talentos transmitida por Mt 25, 14-30, incorpora el característico relato de un noble que va a un país lejano para recibir el título de rey; sus conciudadanos lo odian y mandan embajadores para expresar su oposición; pero él vuelve a su patria y mata a sus enemigos... Para Lucas esta parábola tiene la función de preparar a los lectores para el rechazo de Jesús en Jerusalén, su crucifixión como rey de los judíos, su retorno en la resurrección y la destrucción final de Jerusalén.”¹

A diferencia de la narración de Mateo (donde “a uno le dio cinco talentos, a otros dos, y a otro uno”) en el texto de Lucas todos los sirvientes reciben la misma cantidad, pero cada uno la hace fructificar de distinta forma...

En su interpretación más obvia, entre otras consideraciones, la parábola nos invita a hacernos responsables de todo lo que Dios nos ha dado o permitido en nuestra vida. Todo es gracia, y todo don recibido ha de fructificar en mayor o menor medida. Pero resulta que no solo hemos recibido cualidades del Señor. También hemos recibido límites y defectos. “Don” (o “talento” como dice Mateo) es todo lo que Dios nos ha dado, lo que no elegimos nosotros y ante lo que experimentamos la disyuntiva entre asumir o negar (“enterrar los talentos”).

Como digo, no sólo hemos recibido cualidades, dones agradables. También hemos recibido algunos otros más vergonzosos o dolorosos de aceptar: defectos, enfermedades, infortunios, límites. También respecto a ellos, a lo que hicimos con ellos, seremos llamados a dar cuentas, a dar gracias...

>>> *Esta palabra de Dios nos invita a preguntarnos: ¿Cuáles son mis dones? ¿Cuáles me enorgullecen? ¿Cuáles me avergüenzan? ¿Cuáles entierro?*

Recorriendo la historia de los santos descubrimos que pusieron toda su vida (y no sólo las cualidades) al servicio del Señor. San Ignacio usó un defecto, la ambición, para convertirse. La ambición que le llevaba a preguntarse: “Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo de hacer; San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer”².

San Pablo tuvo una experiencia parecida:

“¿Te basta mi gracia!; la fuerza se realiza en la debilidad. Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” (2 Cor 12, 7-10).

¹ Brown (2010), Cristo en los evangelios del año litúrgico, Sal Terrae, p. 509.

² Autobiografía, n. 7.

Estos santos experimentaron “que la gracia se muestra mejor en la debilidad”. Nosotros también estamos llamados a cultivar esta actitud.

>> *¿Qué puedo hacer con estos dones para contribuir más en la alabanza a Dios y en el servicio a los hermanos? ¿Qué debilidades tenemos que –debidamente encauzadas- puedan ser fuente de gracia?*

Lo importante no es cuántos talentos recibimos, si son mayoritariamente agradables o desagradables, sino lo que hacemos con ellos. Si los escondemos, si nos dejamos esclavizar por ellos, entonces son inútiles y no producen fruto. Pero si los ordenamos al mayor servicio, si los usamos para “alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor”, nos llenarán de alegría y de paz duraderas, y darán gloria a Dios que nos los regaló.

Creados para el servicio y la alabanza, dirá san Ignacio en el Principio y Fundamento de sus Ejercicios. Dones que han de ayudarnos en esa tarea de construirnos como hijos y hermanos, y que han de ayudar también a que los demás alcancen este fin para el que somos criados.

>>*Pensemos en cuanta gente nos rodea que han recibido de parte de Dios sus propios dones. ¿Cómo ayudarles a poner toda su vida al servicio del Señor y de su Reino? ¿Cómo reconocer la obra de Dios en sus vidas?*